

ATTAC AL ATAQUE

¿Cuáles son los orígenes del movimiento que se está desplegando en Francia con tanta fuerza contra la globalización neoliberal?

Se cristalizaron con la formación de ATTAC, que fue una iniciativa de *Le Monde Diplomatique*. En diciembre de 1997, Ignacio Ramonet, director de esta publicación mensual, sacó un editorial titulado «Desarmar los mercados», en el que hablaba de la tiranía de los mercados financieros y que terminaba con un llamamiento a la creación de una asociación popular a la que dio el nombre de ATTAC: Association pour la Taxe Tobin pour l'Aide aux Citoyens. Yo había intercambiado con él impresiones al respecto, porque había dado poco antes una larga conferencia al Parti Québécois sobre la propuesta de Tobin de un impuesto sobre las transacciones financieras. Ignacio escribió el artículo en un fin de semana y lo trajo el lunes para hacerlo circular entre todos nosotros, como hacemos siempre en *Le Monde Diplo*. Cuando vi el acrónimo ATTAC, pensé «oh, es genial». El resto del departamento de redacción lo recibió con cierta frialdad, pero a mí me pareció una idea brillante. Cuando, más tarde, le pregunté a Ignacio cómo había dado con el nombre de ATTAC, me dijo que había estado pensando en una de las películas de Robert Aldrich, titulada *Attack*. Así que ideó el acrónimo antes de saber qué iba a significar, que es la mejor forma que hay de hacerlo.

El llamamiento se lanzó cual botella al mar, sin idea alguna de cuál podía ser la reacción. Pero apenas se hubo publicado el artículo, nos empezaron a llover llamadas de teléfono y cartas. Nunca he visto un artículo que provocara una respuesta semejante. Normalmente, una colaboración genera media docena de cartas y, en raras ocasiones —cuando el tema es especialmente sensible, con frecuencia con relación a las lenguas—, un máximo de, digamos, cuarenta. Esta vez, llenamos cajas enteras con las cartas que llegaban, día tras día. No sabíamos muy bien qué hacer. Habíamos lanzado una idea, pero nunca se nos ocurrió que seríamos nosotros mismos los que crearíamos ATTAC. En los siguientes números, mantuvimos informados a nuestros lectores y dijimos que estábamos haciendo contactos, en parte para ganar tiempo. Pero, hacia marzo de 1998, la presión que recibíamos de su parte era tan grande que nos dimos cuenta de que no había

nada que hacer: tendríamos que asumir la responsabilidad de fundar la asociación si había una demanda tan generalizada. Como tengo a mis espaldas algo de experiencia organizativa, se me encomendó la tarea de hacerme cargo de la cuestión.

El primer paso que di fue reunir a las organizaciones –no a los individuos– que habían respondido a nuestro llamamiento. Ésta fue una decisión estratégica básica: construir ATTAC a partir de estructuras existentes, ya fueran sindicatos, asociaciones cívicas, movimientos sociales o periódicos. También convencimos a organizaciones que no habían respondido inicialmente, como la Confederación Campesina, con la que yo tenía buenas relaciones, y otros sindicatos. A las seis semanas de nuestra primera sesión de trabajo de marzo, las organizaciones implicadas habían llegado a un acuerdo respecto a los estatutos, un programa político y una dirección provisional. ATTAC se fundó oficialmente el 3 de junio de 1998. Sus miembros fundadores eran esencialmente «personas jurídicas» –es decir, entidades colectivas–, además de algunos individuos como René Dumont, Manu Chao o Gisèle Halimi, añadidos por su valor simbólico. Yo estaba asombrado por la velocidad con la que las diferentes organizaciones habían decidido participar, incluidos algunos comités sindicales, habitualmente muy lentos en ponerse en marcha, y por el compromiso financiero que acompañaba esta participación, que nos permitió establecer una oficina y equipar una secretaría. Las publicaciones implicadas, además de *Le Monde Diplomatique*, incluían el semanario católico *Temoignage Chrétien*, *Transversales*, *Charlie Hebdo*, *Politis* y, algo más tarde, *Alternatives Économiques*, una publicación mensual de buena calidad con una línea ligeramente socialdemócrata. De modo que el conjunto constituía un mosaico un tanto curioso. Pero no se concibió y nunca ha funcionado como un cartel organizativo, lo cual hubiera mandado al traste la iniciativa.

En cuanto se anunció formalmente la creación de ATTAC en el *Diplo*, la gente empezó a adherirse; para octubre de 1998, cuando celebramos nuestra primera reunión nacional en La Ciotat, cerca de Marsella, había 3.500 miembros y el número ha crecido de manera ininterrumpida desde entonces. Aceptamos como miembros a «personas jurídicas», como sindicatos, asociaciones, empresas o grupos, y empezamos a trabajar en la tasa Tobin, tratándola como un terreno simbólico en el que poner en duda el modo en el que funcionan los mercados financieros. Dado que Tobin era un economista consolidado, ganador del Premio Nobel de economía y, además, oriundo de Estados Unidos, su propuesta poseía cierta legitimidad inicial automática, que servía para poner de relieve el carácter escandaloso de los flujos de especulación global hoy en día. De modo que, a los fines de la agitación, constituía un arma excelente. Pero, evidentemente, nunca pensamos ni por un segundo que la tasa Tobin fuera la solución a la dictadura de los mercados financieros. No era más que un punto de entrada para atacarlos.

Actualmente, la organización nacional de ATTAC tiene cerca de 30.000 miembros, pero, además, existen más de 200 comités locales por toda Francia,

constituidos como entidades jurídicas –ATTAC-Pays Basque, ATTAC-Touraine, ATTAC-Marseille, etc.– de pleno derecho, con normas democráticas que les imponemos a cambio de la utilización del acrónimo. Surgieron espontáneamente y de forma algo caótica. De modo que puede que uno tenga 500 miembros y otro sólo 50. Pero en breve se firmará un convenio entre cada uno de estos comités y la asociación nacional, que regulará las relaciones entre ambos. La dirección nacional –el comité ejecutivo de ATTAC– establece el marco político, hace las declaraciones públicas, anima las campañas, etc. Pero si decide organizar un día de manifestaciones contra la OMC, nada se moverá a menos que los comités locales así lo quieran. En este sentido, constituyen el pilar de la organización.

Esto se traduce en una situación de poder dual. Los comités locales tienen total independencia de nosotros. Cada uno tiene un presidente, un secretario y un tesorero. Del mismo modo, nosotros tenemos total independencia de ellos. Existe una especie de tensión dinámica entre ambos polos. El sueño de algunos comités sería constituirse en una federación, más o menos como un partido o un sindicato. Aunque yo disté mucho de anticiparlo todo –de hecho, no preví el surgimiento de los propios comités–, sí que presentí que podían surgir problemas en este sentido y, así pues, propuse unos estatutos nacionales que a primera vista pueden parecer poco democráticos, pero, a mi juicio, no lo son en absoluto. En la ejecutiva nacional hay 30 miembros, de los cuales 18 son elegidos por los 70 fundadores de ATTAC y 12 por el conjunto de los 30.000 miembros. La razón para esta estructura estriba en que los propios fundadores eran muy distintos. Incluyen a la Confederación Campesina, a sindicatos de la Administración pública y a movimientos sociales como *Droits Devant!* o el movimiento de parados. No hay ni un solo movimiento en las calles que no sea miembro fundador de ATTAC. Nos pareció que si todas estas fuerzas se ponían de acuerdo en una línea de acción y en una dirección, proporcionarían equilibrio y estabilidad a ATTAC, creando así un marco que permitiría que se desarrollasen libremente movimientos más pequeños en el ámbito regional. En las localidades, se puede dar el fenómeno del «entrismo», esto es, grupos políticos organizados que se meten en los comités locales para intentar acapararlos. Hasta ahora, nunca lo han conseguido. Pero con nuestra estructura nacional, el poder no está allí para tomarlo; se trata de una estructura a prueba de asaltos. Era crucial dejar claro desde el principio que este tipo de táctica no funcionaría. Así pues, el noviembre pasado elegimos una nueva ejecutiva: 18 personas seleccionadas por los fundadores, que formaban una lista cerrada a la que los miembros individuales no podían votar más que sí o no, y 12 elegidas por todos los miembros, que en este caso podían votar a quien quisieran.

Desde su fundación en 1998, ATTAC no sólo ha experimentado un crecimiento impresionante en Francia, también se ha extendido espontáneamente fuera del país. Actualmente, existen grupos de ATTAC en todos los Estados miembros de la Unión Europea y en algunos de los países que

se adherirán en el 2004 como Polonia y Hungría. Su crecimiento ha sido especialmente fuerte en los países nórdicos, lo cual constituyó una sorpresa enorme para nosotros, por lo fuertes que son las tradiciones de libre comercio en esta zona. Pero ATTAC ha arrasado en Dinamarca, Suecia, Noruega y Finlandia. En Alemania, ATTAC tiene cerca de 10.000 miembros y en Italia constituye el corazón del movimiento *non-global*. En 1999, convocamos la primera reunión de ATTAC-Europa en París, un punto de encuentro que hemos desarrollado desde entonces hasta convertirlo en una red permanente. Gran Bretaña constituye una excepción, puesto que en este país el terreno está ya ocupado por poderosas ONG, como Oxfam, Friends of the Earth y War on Want, por un lado y, por otro, por un grupo de extrema izquierda especialmente activo, el Socialist Workers Party, que trabaja a través de Globalize Resistance. Para que se forme una versión británica de ATTAC, sería precisa la implicación previa de los sindicatos y de los intelectuales que no pertenecen a estos sectores. Fuera de Europa, ATTAC ya ha nacido en Quebec, en África, en la mayor parte de los países latinoamericanos y en Japón y el año pasado, en Porto Alegre, organizamos un encuentro mundial de los diferentes ATTAC, casi la totalidad de los cuales han adoptado el mismo modelo que el original francés. Nos hemos encontrado de nuevo en enero del 2003.

¿Cómo definirías los objetivos de ATTAC?

Algunos meses después de que formásemos ATTAC en Francia, propuse una fórmula que parece haber cuajado (ATTAC Italia la ha puesto incluso en sus estatutos). Llamé ATTAC un «movimiento de educación popular orientado hacia la acción». La noción de la educación popular es algo ya antiguo en Francia, que se remonta al siglo XIX. La Ligue de l'Enseignement se constituyó en 1866 y, a partir de entonces, se crearon muchas otras organizaciones. Hacia finales del siglo XX, la mayoría estaba sufriendo una crisis de identidad, pero sigue tratándose de una idea con fuerza, que ATTAC ha tomado y adaptado a las condiciones de la globalización. ¿Qué significa hoy en día? Esencialmente, que los militantes tienen que estar bien informados, equipados intelectualmente para la acción. No queremos que la gente se presente en las manifestaciones sin saber realmente por qué lo hace. De modo que los miembros de ATTAC no son activistas en el sentido francés del término, que difiere del inglés, en su connotación de la acción por la acción. Nuestro trabajo es, en primera instancia –aunque no última–, educativo. Si visitas el sitio *web* de ATTAC cualquier día dado, verás una lista de docenas de encuentros, conferencias y debates. Para asegurarnos que esta misión se lleva a cabo adecuadamente, tenemos un comité científico con criterios muy exigentes que produce o comprueba la exactitud de los libros o folletos que ATTAC saca. Ésta es una de las razones del alto grado de credibilidad que disfruta ATTAC en los medios de comunicación de masas y con los políticos.

¿Entre la clase política en el gobierno?

En septiembre del 2001, poco antes del encuentro del consejo Ecofin en Lieja, Fabius, por entonces ministro de Economía y Hacienda del gobierno Jospin, nos invitó a tener una entrevista con él sobre la tasa Tobin. Cuando llegamos, había ya presentes en la sala de espera seis altos funcionarios del Tesoro. Junto a ellos, Fabius empezó a interrogarnos sobre la tasa, preguntándonos cómo se podría recaudar en la práctica y sugiriendo que era técnicamente imposible hacerlo. Le explicamos que las cosas distaban mucho de ser así: que había por lo menos tres formas de imponerla y que una de las mejores sería a través del propio Banco Central Europeo. Fabius dijo que no tenía ninguna autoridad sobre el BCE, algo que por supuesto ya sabíamos. Yo le contesté: «Estamos dispuestos a manifestarnos contra el BCE en Frankfurt para apoyarle». Pudo ver que estábamos perfectamente preparados para cualquier pregunta que pudiera espetarnos. En general, evidentemente, los políticos franceses viven en una profunda ignorancia acerca de las realidades de la globalización. Muchos miembros de ATTAC saben más sobre la OMC que nuestros parlamentarios.

¿Tenéis enlaces dentro de los partidos políticos?

Sí, tanto en la Asamblea Nacional como en el Senado, así como en el Parlamento Europeo, donde tenemos un comité coordinador de los miembros de ATTAC, compuesto por un representante de cada partido de la izquierda: un socialista, un comunista, un verde, un radical y un chevenementista. Tenemos incluso un diputado de derechas: Maurice Leroy, del departamento de Loire-et-Cher. Algunas de estas personas, aunque no todas, son vistas con recelo por la dirección de sus respectivas organizaciones.

Has dado una idea de la envergadura y de la organización de ATTAC. ¿Cómo describirías la base social que constituye su militancia?

Buena pregunta. En verdad, no tenemos datos fiables sobre la sociología de ATTAC en Francia, a lo sumo tenemos algunas encuestas y muestreos de opinión. Pero, *grosso modo*, se puede decir que somos una asociación que se nutre de un espectro de población que va desde las clases medias-bajas hacia arriba, sobre todo en los servicios públicos, con un porcentaje significativo de estudiantes y profesores, aunque también haya entre nosotros empleados y ejecutivos del sector privado. Además, tenemos a unos cuantos agricultores y desempleados. Lo que no poseemos –en mayor medida que cualquier otra organización– es arraigo en la clase obrera o, en un sentido más genérico, en los sectores populares. Éste es un grave problema general en Francia, del mismo modo que imagino que lo es en Gran Bretaña. Existe una crisis terrible de representación de la

clase obrera en el ruedo político, como se puede ver por el número de antiguos votantes de la izquierda que ahora dan su voto a Le Pen, si es que llegan a molestarse en votar. Por ahora tenemos poco o cero impacto en estos estratos. Estamos intentando buscar vías de conseguirlo, a través de organizaciones miembros que intervienen directamente sobre los problemas de vulnerabilidad social, para poder dirigirnos de forma más efectiva a aquellos que constituyen las primeras víctimas de la globalización neoliberal. Pero sigue siendo muy difícil explicar a un joven desempleado de 18 años todas las conexiones entre su situación inmediata y el papel del FMI o de la OMC. Tenemos que desarrollar maneras de comunicar nuestro mensaje de forma viva y accesible sin desnaturalizarlo. Nuestro problema estriba en que nuestros recursos –las energías humanas a nuestra disposición– son todavía demasiado pequeños para las presiones que recaen sobre nosotros, que son enormes.

¿Y qué hay de la estructura por edad de las bases de ATTAC?

Ésa es nuestra segunda debilidad. El perfil generacional de ATTAC no es bueno. No tenemos cifras exactas todavía –se elaborará un estudio en condiciones en el 2003–, pero aventuraría que la gente joven, es decir, por debajo de los 35, no asciende a más de, quizá, el 25-30 por 100 del total de miembros. Evidentemente, los partidos y los sindicatos tienen el mismo problema: no consiguen atraer a la juventud. La gente dice que la generación más joven sólo va a conciertos de rock, pero la verdad es más complicada que eso. En junio de 2000, durante una gran concentración en Millau en apoyo de José Bové y sus compañeros de la Confederación Campesina, una conferencia de ATTAC sobre las instituciones financieras –no precisamente el tema más excitante– atrajo a 3.000 personas, la mayoría de ellas muy jóvenes. En principio, ATTAC puede atraer esas energías, y esto es algo que se pudo ver en las grandes manifestaciones anti-Le Pen del pasado mayo. Pero se trata de una cultura joven que resulta difícil de capturar dentro de ninguna forma organizativa. Vemos una generación que va de una gran manifestación a otra –Génova, Barcelona, Florencia– sin llegar nunca a implicarse realmente en actividades del día a día, en una especie de *zapping* político. Por otra parte, como reacción contra esta sensibilidad de zapeo, se produce la hiperpolitización de pequeños núcleos que a menudo toman la iniciativa en las calles, como en Génova o en Florencia. Pero una generación política nunca se forma de la noche a la mañana, así que surgirá algo más duradero a partir de esta mezcla.

Volviendo un poco sobre nuestros pasos, ¿cuáles son los orígenes del propio Le Monde Diplomatique, como progenitor de ATTAC?

El periódico se creó en 1954, como un suplemento mensual de *Le Monde*, que cubría temas internacionales. Hacia 1973, tenía cerca de 40.000 lec-

tores. El gran cambio vino con la muerte del entonces director del periódico, François Honti. En aquel momento, concedieron la dirección de *Le Monde Diplomatique* a Claude Julien, antiguo jefe de la sección internacional de *Le Monde*, que se había tomado un año sabático del periódico. Julien, de inmediato, hizo del periódico algo completamente diferente, dotado de una línea radical contra el imperialismo, el neoliberalismo y la privatización. Ignacio Ramonet y yo entramos en la plantilla a partir de aquel giro. Julien dirigió el periódico durante 17 años, jubilándose en 1990, momento en el cual Ignacio le sucedió.

A lo largo de estos años, el *Diplo* no tenía existencia jurídica independiente –no era más que un anexo del diario–. Pero durante la década de 1990 nos dejó de convencer esta situación y en 1995-1996 logramos el objetivo de tener un *status* independiente. Se constituyó una nueva empresa, en la que los lectores y la plantilla del periódico adquirieron el 49 por 100 de las acciones –se recaudó gran cantidad de dinero para ayudarnos–, mientras que el diario *Le Monde* se quedó con el 51 por 100 restante. En el derecho francés, el 33 por 100 del patrimonio neto de una empresa constituye una minoría de bloqueo, que puede vetar los cambios en los artículos de asociación o en la estructura del capital social. De modo que nuestro objetivo era sellar firmemente la independencia del periódico contra cualquier alteración que no tuviera nuestro consentimiento. El *Diplo* es en la actualidad una iniciativa muy exitosa. Vende de media 225.000 ejemplares al mes. Al igual que ATTAC, pero a escala mucho mayor, ha pasado de ser algo nacional a convertirse en un fenómeno internacional. A día de hoy, existen 23 ediciones diferentes del periódico en el extranjero: en Europa, América Latina, el mundo árabe y Corea. Hay, asimismo, más de 20 ediciones por Internet, entre las que cabe destacar las de Japón, China y Rusia. En estas diferentes versiones, la circulación mundial del *Diplo* es de un millón y medio de ejemplares. Tenemos un público global.

La discrepancia política entre el diario y la publicación mensual ha ido aumentando con los años, ¿no es cierto?

Sí, en muchos terrenos. En la actualidad, nuestra relación con *Le Monde* es puramente administrativa. El diario es el accionista mayoritario de la publicación mensual y está representado en su junta directiva. Pero no tiene ningún poder de interferencia en lo que publicamos, que de vez en cuando resulta difícil de tragar para algunos miembros de *Le Monde*. En el derecho francés, el director es el responsable de los contenidos de una publicación. Al mismo tiempo, aunque a algunos periodistas del diario les pueda desagradar –y de hecho les desagrada– el radicalismo de la publicación mensual, éste respeta totalmente nuestra independencia. Por otra parte, se beneficia financieramente del éxito del *Diplo*, dado que le pagamos un millón de francos al año por el derecho a utilizar su nombre, en una franquicia vigente por 25 años, además del precio de los ser-

vicios técnicos –impresión, contabilidad, distribución– que le compramos y, evidentemente, de los dividendos. Así que, aunque con toda certeza algunos de los accionistas de *Le Monde* están furiosos con el *Diplo* y no cabe duda de que le preguntan a Jean-Marie Colombani –director del diario y jefe del grupo empresarial que ahora lo controla– por qué permite que se publique, en realidad, a *Le Monde* le conviene tolerar que esta voz, que en ocasiones le contradice, florezca. A Colombani le gusta decir: «*Le Monde Diplomatique* es un periódico de opinión; *Le Monde*, un periódico de opiniones». La proyección de una imagen de pluralismo no tiene que ver con una postura personal, sino con un requisito institucional, ya que *Le Monde* está construyendo un grupo mediático con intereses cada vez más diversificados.

Se tiende a pensar que el Foro Social Mundial es una creación conjunta de ATTAC en Francia y del PT en Brasil. ¿Es así?

En febrero de 2000, dos amigos brasileños me vinieron a visitar en París. Uno de ellos, Oded Grajew, era un antiguo empresario. El otro, Chico Whitaker, era el secretario de la Comisión sobre Justicia y Paz del Consejo de Obispos brasileños. Me contaron que habían ido a Davos y me preguntaron: «¿Por qué no organizan *Le Monde Diplomatique* y ATTAC un contra-Davos?». «Ya se ha intentado», contesté yo, «en el propio Davos. Pero el acceso al lugar está estrictamente controlado, la policía suiza es un horror y organizar un contra-Davos en Francia no tiene demasiado sentido». Entonces, de manera repentina, se me ocurrió una idea y dije: «Necesitamos una ruptura simbólica con todo lo que Davos representa. Eso tiene que venir del Sur. Brasil reúne las condiciones ideales para hacerlo, en tanto que país del Tercer Mundo con concentraciones urbanas gigantescas y con una población rural hundida en la miseria, pero también con fuertes movimientos sociales y con bases políticas amigas en muchas ciudades. ¿Por qué no lanzamos algo en Porto Alegre, como símbolo de las alternativas al neoliberalismo?». Dos años antes, había escrito un artículo sobre los presupuestos participativos de las Administraciones controladas por el PT y conocía el escenario bastante bien. A continuación agregué –guiado por el instinto periodístico– «deberíamos llamarlo Foro Social Mundial, para desafiar al Foro Económico Mundial, y celebrarlo el mismo día del mismo mes del año».

Aquello duró en total tres minutos. Mis amigos dijeron: «Tienes razón. Hagámoslo en Brasil». De modo que se pusieron en contacto con el entonces alcalde de Porto Alegre, Tarso Genro, y con el entonces gobernador de Rio Grande do Sul, Olivio Dutra, así como con las organizaciones sociales de São Paulo, para arrancar con el proyecto. En mayo me reuní con ellos en Brasil. Todavía teníamos que decidir cuál era el mejor modo de lanzar públicamente el proyecto. ATTAC sola no podía hacerlo. Pero la celebración en junio de la Cumbre Social de la ONU en Ginebra, en la que se esperaba la presencia de docenas de organizaciones no

gubernamentales, nos brindaba una oportunidad ideal. De modo que, en la sesión de clausura de la conferencia, Miguel Rossetto, por entonces vicegovernador de Rio Grande do Sul, lanzó un llamamiento para la celebración del Foro Social Mundial que provocó una respuesta entusiasta. (A propósito, Tarso, Olívio y Miguel son ahora miembros del gobierno de Lula.) Seis meses más tarde, milagrosamente, el Foro se hizo realidad.

¿Cuál era el mapa geográfico del primer Foro?

La organización práctica del Foro fue al principio, en esencia, una operación brasileña, con el respaldo de ATTAC-Francia. Desde un punto de vista puramente geográfico, su alcance fue limitado. Pero en términos mediáticos su impacto resultó enorme, porque coincidió con el encuentro de las elites globales en Davos. Por supuesto, éstas dieron por sentado que disfrutaban de total legitimidad e intentaron destituir el encuentro de Porto Alegre cual mera diatriba izquierdista. Pero en el momento en el que tuvieron que aceptar el reto de mantener debates televisivos y fueron derrotados, las tornas se volvieron en su contra. Jospin había enviado a dos subsecretarios para enterarse de qué sucedía por allí –dado que había 300 participantes franceses– y al primer o segundo día admitió que había dos foros, uno económico y otro social, colocando a ambos en el mismo plano. De modo que Porto Alegre constituyó un éxito colosal desde el punto de vista de la pura publicidad internacional.

Por otra parte, ya dije en su momento que esta primera entrega debía considerarse como el número cero de una serie que tendría que empezar en sentido estricto con la siguiente edición del foro como verdadero primer encuentro, en vista de lo floja que había sido en esta ocasión la representación de Asia, de África e incluso de Estados Unidos. Yo, personalmente, no hice ningún esfuerzo particular ni en garantizar una fuerte presencia estadounidense ni en obstaculizarla. Pero cuando vi que, de las ONG estadounidenses, que habían sido informadas exactamente igual que el resto de todo el mundo, no llegaban más que unas pocas, no me preocupé. La globalización es esencialmente un proceso dirigido por Estados Unidos y era importante que la antiglobalización no estuviese también dirigida por Estados Unidos. De modo que, a mi juicio, fue vital estratégicamente que el Foro empezara sobre un eje franco-brasileño y, luego, de forma más amplia, euro-latinoamericano, al que los estadounidenses podían sumarse una vez que el terreno estuviera bien preparado. De otro modo, se corría el riesgo de que las ONG estadounidenses dominaran de inmediato el desarrollo del encuentro.

La actitud de muchas de ellas la caló a la perfección Peter Marcuse, de la Universidad de Columbia, que observó que, puesto que el Foro no era una iniciativa estadounidense, no pocos grupos estadounidenses creyeron que no podía ser importante y no acudieron. Se equivocaron, evidentemente, y la vez siguiente se presentaron en masa. Pero, para entonces, la

estructura del Foro ya se había afianzado. Aunque la mayoría de los activistas antiglobalización provienen del Norte, de Europa occidental o Estados Unidos, era crucial para nuestros propósitos dar el pistoletazo de salida desde el Sur. Luego podríamos incorporar contingentes estadounidenses a un movimiento que tuviera ya sus propios vocabulario, conceptos y eslóganes y que pudiera hacer uso del apoyo de las fuerzas latino-americanas para tener una perspectiva homogénea. Nuestro problema ahora, por supuesto, es extender esto a África, Asia y Europa del Este.

¿Cuál ha sido el papel del PT en todo esto?

Al principio, el PT estaba un poco inquieto por el Foro, porque su tradición es bastante «vertical» y tenía miedo de que un Foro organizado en Porto Alegre, fuera de su control, pudiera utilizarse de algún modo en su contra. En uno de mis viajes a Brasil, Lula pidió verme. Nos encontramos en el Hotel Gloria, en Río. Le acompañaba su ayudante Marco Aurelio García (actualmente, consejero de política exterior), que fue quien habló conmigo la mayor parte del tiempo. En lugar de discutir del Foro y de su relación con el PT, hablé de ATTAC y de su relación con los partidos políticos en Francia. Los tres sabíamos que estábamos hablando de lo mismo. Les expliqué que ATTAC era una asociación, no un partido, y que guardaba las distancias con las fuerzas políticas organizadas, pero que no estaba en contra de ellas. Lula captó el mensaje y, al día siguiente, se me informó a través de Marco Aurelio que apoyaba el Foro. Pero el PT como tal nunca ha desempeñado ningún papel –ninguno en absoluto– en la dirección del Foro. Por el contrario, el comité brasileño cuenta con gente profundamente hostil a cualquier interferencia de los partidos o grupos políticos, aunque algunos de sus miembros, si no todos, pertenezcan al PT. Un par de veces, Olivio Dutra, como gobernador del PT de Río Grande do Sul, pidió a uno de sus ayudantes que me llamara a Francia para averiguar qué andaba haciendo el comité brasileño. Así que el PT no ha intervenido ni en la concepción ni en el diseño de los contenidos del Foro Social Mundial.

Sin embargo, es de suponer que el control por parte del PT de la administración de Río Grande do Sul y de Porto Alegre fue de vital importancia para la infraestructura de los Foros. ¿Se ve ahora esto amenazado al haber perdido el partido el poder en Río Grande do Sul?

Es demasiado pronto para decirlo. El apoyo de la ciudad, donde el PT todavía está en el poder, se mantiene. Rigotto, el nuevo gobernador del PMDB, ha dicho que seguirá ayudando al Foro, pero que éste debe hacerse «más abierto». Obviamente, no se plantea ningún cambio, de modo que, en la práctica, estas declaraciones significan que el gobernador reducirá drásticamente el nivel de ayuda al evento. Quizá el nuevo gobierno federal llene este vacío, pero ya se ha dicho a todos los ponentes del

Tercer Foro que tienen que cubrirse sus propios gastos. Habrá dificultades, pero el Foro en sí no está en peligro. Rigotto es perfectamente consciente de que los comerciantes, los hoteles y los taxis en Porto Alegre –el sector servicios en general– se benefician enormemente del Foro. Cualquier medida en su contra estaría muy mal vista en el ámbito local.

¿Cómo valora el impacto que ha tenido el 11 de septiembre y la guerra contra el terrorismo sobre el Foro Social?

No pasaron más de cuatro meses entre el 11 de septiembre y el segundo Foro de enero del 2002 y, durante algunos días tras el atentado, había cierta desorientación entre los militantes de ATTAC en Francia. Pero entonces Bush nos hizo un favor, explicando que los movimientos antiglobalización eran movimientos antiestadounidenses. Después de aquello, se duplicó el número de participantes en el segundo Foro, en el que estuvieron representadas cerca de tres mil organizaciones. Así pues, en este sentido, la guerra contra el terrorismo no hizo sino fortalecer nuestra determinación a no dejarnos intimidar. Cuanto más beligerante se ponga Bush, más violenta será la reacción que puede llegar a provocar. También en Francia se están tomando medidas para criminalizar a los movimientos sociales y a las ONG –que no son terroristas–, mientras que en Italia los militantes antiglobalización están ya sufriendo detenciones. El ataque sobre el World Trade Center ha brindado a Bush y a los halcones de todos los lugares una oportunidad para restringir las libertades civiles y tapar las malas noticias económicas. El movimiento entendió esto con bastante rapidez y ha resistido muy bien a esta presión.

¿En qué medida piensas que es posible separar la agenda original del Foro Social Mundial de la ofensiva militar global de Estados Unidos?

El tema de la guerra se ha introducido en la perspectiva del Foro y es importante, pero no de primera importancia. Con guerra o con paz, los problemas de la globalización eran esencialmente los mismos el 10 de septiembre que el 12: el hambre, la deuda, la desigualdad, el Sida. A lo que estamos asistiendo en estos momentos es a una reconfiguración dentro del orden neoliberal en beneficio estadounidense. Europa y Japón, evidentemente, están embarcados en el mismo barco de la globalización que Estados Unidos. Pero, a bordo de ese barco, hay personas que han intentado adoptar medidas que no tienen nada que ver con el neoliberalismo, como la semana de 35 horas. La nueva coyuntura ha permitido que Estados Unidos reafirme el control sobre sus aliados. Yo diría incluso que el principal objetivo de la presente ofensiva estadounidense no es tanto Irak como sus «socios». Todo esto tendrá su lugar en el Foro, pero no lo monopolizará. Si el primer Foro fue un momento para el análisis y la crítica y el segundo para las propuestas, el tercero lo será para la estrategia. Las preguntas serán mucho más operativas: ¿qué hacer? El tema de la guerra

será muy importante, pero no será tan dominante como lo fue en Italia, durante el Foro Europeo en Florencia, donde eclipsó todo lo demás.

¿De verdad le sorprendió esto?

La perspectiva de la guerra es un tema mucho más candente en Italia que en Francia, entre otras cosas porque allí hay bases militares estadounidenses, cosa que no sucede en nuestro país. En Florencia, se dijo en alguna que otra ocasión que no estaba habiendo movilizaciones contra la guerra en Francia porque ATTAC las impedía, lo cual es ridículo. El hecho es que Chirac ha hecho difícil protestar aquí aparentando que se resiste a las presiones estadounidenses. Esto le ha vuelto muy popular en el mundo árabe y ha reducido el potencial de los manifestantes franceses contra él, aunque esto pueda no durar mucho tiempo. En Italia, la situación es muy diferente. La guerra constituye en este país un tema absolutamente central, pero sobre un fondo de luchas sociales muy importantes, un odio generalizado a Berlusconi y un fuerte movimiento sindical dirigido por la CGIL. El contexto es de mucha mayor efervescencia que en Francia y el tema de la guerra se ha convertido prácticamente en una obsesión. Cuando supimos que el Foro se celebraría en Italia y que Rifondazione movilizaría en torno a este tema, todos convinimos en que la guerra sería un tema principal en Florencia, junto con el eslogan original: «Necesitamos una Europa diferente». Pero entonces descubrimos que todas los carteles que convocaban a la marcha hablaban únicamente de la guerra, sin hacer ninguna mención a Europa. No puedo decir que me quedara absolutamente sorprendido. Pero si el Foro se hubiera celebrado en Francia, las cosas no hubieran transcurrido de este modo. La guerra hubiera estado en la agenda, pero no se hubiera hecho de ello una obsesión. Porque estalle o no la guerra, los B-52 y las fuerzas especiales no cambiarán ni la pobreza de Brasil ni el hambre de Argentina.

¿No resulta un poco paradójico el contraste que has dibujado? Después de todo, el Estado italiano –incluso con Berlusconi– desempeña un papel muy secundario en la actual oleada de intervenciones militares occidentales, mientras que el Estado francés ha participado con plena implicación en cada una de ellas: en el Golfo, en los Balcanes, en Afganistán y quizás mañana en Irak. Un italiano podría decir: puede no ser éste el tema de ATTAC, pero el hecho es que la izquierda francesa tiene un historial muy pobre de resistencia a las guerras de todo tipo, a partir de Indochina y Argelia.

Lo que dices es muy cierto. En Francia, la conversión del Partido Comunista a la *force de frappe* nuclear en la década de 1970 –cuando todavía era el partido más grande y más fuerte de la izquierda– constituyó un punto de inflexión. Las tradiciones pacifistas, en cualquiera de sus manifestaciones, son prácticamente inexistentes en París y no se dieron nunca

luchas masivas contra las armas nucleares, como las que tuvieron lugar en Gran Bretaña. Hoy en día, hay unanimidad entre la clase política en el gobierno acerca del apoyo al arsenal nuclear francés. Por otra parte, si se desencadena una guerra contra Irak, habrá protestas masivas; de ello estoy completamente seguro. Chirac tiene poco que ganar y mucho que perder si participa en la expedición estadounidense, porque se ha beneficiado bastante de la apariencia de oposición manifestada hasta el momento a una expedición de este tipo. Pero, a juzgar por su pasado comportamiento, es bastante capaz de hacerlo.

¿Cómo situarías a ATTAC desde una perspectiva histórica? Durante mucho tiempo, Francia era el país de Europa hacia el que prácticamente todos los demás –los italianos constituían quizá la excepción– miraban en busca de indicaciones políticas. Se trata de una tradición que se remonta a 1789, 1830, 1848, 1871, hasta llegar a 1968. A partir de entonces, parece desvanecerse. ¿Debería considerarse a ATTAC como una recuperación, a su modo, de este linaje; una creación y una iniciativa francesas, en un periodo de profunda reacción, que adquiere rápidamente una amplia resonancia internacional?

He hecho hincapié en el modo en el que este proyecto fue hecho posible gracias al impacto de *Le Monde Diplomatique*, que había conseguido ya una audiencia internacional antes de que se creara ATTAC. Pero hunde asimismo sus raíces en otra tradición, mucho más antigua, en el seno de la sociedad francesa, que es *la fonction publique*. En Francia, los servicios públicos –educación, transporte, prestaciones– no constituyen únicamente un mecanismo técnico de distribución de bienes a los ciudadanos, sino también un lazo de solidaridad social: lo que hace posible el «pacto republicano» que crea la cohesión nacional. El apego a estos servicios está profundamente arraigado en la cultura francesa, como pudo verse en el gran movimiento de huelga de 1995, que constituyó esencialmente un fenómeno del sector público. Cuando el metro de París cerró, la gente perdía alrededor de tres horas al día en ir de Vincennes, donde vivo yo, al trabajo en el centro de la ciudad y otras tres en regresar de nuevo a casa. Pero –esto era lo extraordinario– era como si los trabajadores del sector público estuvieran haciendo huelga por todos los demás. Fue una especie de huelga por poderes. Lejos de provocar quejas, el movimiento disfrutó de una enorme popularidad. Éste fue el motivo por el cual el gobierno tuvo que batirse en retirada.

Lo que pudo verse con gran claridad fue que, en la conciencia popular, los servicios públicos constituyen la primera línea de defensa de la ciudadanía. Todo el mundo fue de inmediato consciente de que, si se desmantelaban los servicios públicos, ellos serían los siguientes en recibir la carta de despido. Evidentemente, la batalla en torno a estos servicios es mundial. La ofensiva de privatización de los mismos tiene dos objetivos, que la Comisión Europea apenas se toma la molestia de disimular. ¿Cuáles

son? En primer lugar, poner fin a una situación en la que los bancos y las compañías de seguros ven grandes sumas de dinero circulando delante de sus narices, en sistemas de pensiones o de seguridad social, sobre las que no tienen control alguno. El solo hecho de pensarlo les pone enfermos. En segundo lugar, reducir las fuerzas de resistencia al neoliberalismo. Los empleados de los servicios públicos disfrutaban de derechos legales a la huelga y los utilizan. Si se puede reducir su número, se diluye la posibilidad de una resistencia al orden neoliberal.

ATTAC nace en gran medida de este mundo, tal y como parece indicar su composición. A nuestro modo, somos herederos de sus tradiciones y pertenecemos a su lógica. Pero, evidentemente, se produjo también la coyuntura global de finales de la década de 1990. Ignacio Ramonet escribió su editorial de diciembre de 1997 en los momentos más críticos de la crisis financiera asiática, que era como una ilustración de tamaño natural de todos los textos contra la globalización que el periódico había escrito alguna vez. Esto dio también una fuerte credibilidad al lanzamiento de ATTAC.

Las grandes huelgas de 1995 en Francia, seguidas por la crisis financiera asiática de 1997, explican por qué ATTAC había nacido ya mucho antes de Seattle. Pero sigue habiendo un enigma acerca de su surgimiento. Si uno examina las variedades oficiales de la política francesa a lo largo de los últimos veinte años, a partir de Mitterrand, descubre que su centro de gravedad se ha ido desplazando cada vez más hacia la derecha. Irónicamente, fue Chirac quien popularizó la noción de pensée unique como consenso sofocante, antes de convertirse en uno de sus más destacados exponentes. Hayan sido los gobiernos nominalmente de izquierdas o de derechas, las políticas que han aplicado han seguido siendo las mismas. En cada convocatoria de elecciones, los votantes rechazaban al gobierno que había aplicado semejante programa y el nuevo gobierno continuaba entonces exactamente igual que antes. ¿Cómo explica esta extraña paradoja: una tradición radical que no está ni mucho menos agotada y encuentra expresión en uno de los movimientos de protesta más poderosos de Europa, pero que, sin embargo, no tiene aparentemente ningún efecto sobre la cúpula inamovible de la política francesa?

Ésa es una pregunta complicada, a la que no puedo sino dar algunos de los elementos que podrían componer una respuesta y que realmente requiere una reflexión más prolongada y teórica. Pero, en primer lugar, hay que recordar el peso de la división histórica entre la derecha y la izquierda en la vida francesa, que es prácticamente consustancial a nuestra tradición política. Se trata de categorías que se mantienen vivas después de que su contenido haya decaído o desaparecido. De modo que existe siempre un sector de opinión para el cual un mal gobierno de izquierdas –cualquier gobierno de izquierdas– es preferible a un buen gobierno de derechas. Se puede ver funcionar este reflejo en cualquier

convocatoria de elecciones municipales o legislativas en Francia. El sistema electoral de doble ronda lo refuerza en extrema medida. No hay ninguna posibilidad de cambiar esto de la noche a la mañana.

Por otro lado, tenemos el giro neoliberal entusiasta de la socialdemocracia en Francia, como en todas partes, que ha dado lugar a gobiernos de izquierdas tan fanáticos de la desregulación y de la privatización como los gobiernos de derechas. Esta diferencia se explica en parte porque la presión fundamental en pro de la liberalización ha venido de la Unión Europea, a la cual los socialdemócratas eran en muchos casos más favorables que los conservadores. En Francia, tal y como admitió con franqueza Alain Touraine, hubo un largo periodo en el que no se podía pronunciar la palabra «liberal». De modo que se encontró un sustituto para ella: «Europa». En nombre de Europa se podían hacer cosas que de otro modo nunca hubieran sido aceptadas. En este sentido, Europa constituyó el caballo de Troya del neoliberalismo en Francia. Esto puede verse con mucha claridad en el caso de la presidencia de Mitterrand. En 1988, después de que fuera reelegido presidente, entró en vigor la primera directiva europea sobre el libre movimiento de capitales en el seno de la UE. La directiva había sido aprobada por Balladur, en su calidad de ministro de Economía y Hacienda, durante la cohabitación del anterior gobierno. Pero ahora el Partido Socialista estaba de nuevo en el poder y Bérégovoy se dirigió a Mitterrand y le preguntó: «*Monsieur le Président*, ¿qué debo hacer? ¿Luchar por una directiva, a modo de salvaguarda, que armonice la tributación sobre los capitales en la Comunidad?». A lo cual Mitterrand se limitó a responder: «Bérégovoy, ¿estás a favor o en contra de Europa?». Bérégovoy comprendió que no tenía elección. Mitterrand prefirió deliberadamente una Europa neoliberal antes que perder Europa por completo. Pero, después de todo, tenía una concepción de Europa que databa del periodo inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial.

Este tipo de perspectiva influyó en todos los partidos, incluidos los comunistas. *Le Monde Diplomatique* y ATTAC han desarrollado una crítica coherente al respecto, con argumentos que se han cristalizado en una estructura activa de educación y de acción, dentro de un contexto internacional en el que tienen verdadera resonancia. Es absolutamente cierto que, hasta la fecha, apenas hemos tenido impacto sobre los gobiernos franceses. Pero siempre hemos tenido en mente una estrategia a medio plazo y nunca hemos prestado excesiva atención al ciclo electoral en Francia. Las élites no se interesan demasiado por nosotros, pero los movimientos y los ciudadanos sí. De todas formas, el público al que nos dirigimos es en última instancia internacional, y no nacional. Nuestro objetivo fundamental, tal y como digo a menudo, es descontaminar la mente de la gente. Nos han llenado la cabeza de neoliberalismo, su virus está en nuestras células cerebrales y necesitamos desintoxicarlas. Tenemos que ser capaces de volver a empezar a pensar libremente, lo cual supone creer que se puede hacer algo. Porque lo que reina actualmente es la abrumadora convicción de que, políticamente hablando, no se puede hacer nada. Por eso nues-

tro eslogan, «Otro mundo es posible», significa algo parecido a una revolución cultural. Quiere decir que no estamos condenados al neoliberalismo, que podemos imaginar otras formas de vida y de organización de la sociedad que las que tenemos en la actualidad. Así pues, nuestra tarea consiste en persuadir al máximo número de gente posible de la viabilidad de tales alternativas y preparar el terreno para una hegemonía gramsciana que permitiera llevar a cabo otro tipo de políticas.

Por el momento, nuestra influencia es considerable en el ámbito de la opinión pública en general y encuentra cierto eco en los partidos políticos, incluso de derechas. Pero los avances en este sentido siguen siendo muy pequeños. Esta mañana tuve que dar una charla en una conferencia del Partido Socialista, cuya primera sesión estaba dedicada a la pregunta «¿Qué formas de organización necesitamos?», mientras que la segunda inquiría «¿Qué tipo de ideas necesitamos?». ¡Cómo si se pudieran decidir las cosas por ese orden! Les dije que para nosotros la línea divisoria básica tenía que ver con el tipo de postura que se adopta ante la globalización neoliberal. Mientras no tengan las ideas claras al respecto, más vale que se retiren; no habrá *juste milieu* que les permita eludir la cuestión: decir sí a la Comisión y no al FMI es una farsa que ya no engaña a nadie. La mayor parte del público era abiertamente hostil, por supuesto. Pero una sólida minoría está empezando a escuchar y a hacer preguntas. Intelectualmente, en general, hemos ganado la partida, como puede verse por los títulos que se venden en las librerías francesas.

¿Cómo se explica la extraña indolencia de la clase política francesa en su conjunto en la palestra de la política exterior, en la cual ésta parece en los últimos años haber perdido por completo su capacidad estratégica? La actual ampliación de la Unión Europea constituye un ejemplo espectacular. ¿Qué pueden ganar las elites francesas de una Europa de 25 miembros –con Estados Unidos exigiendo públicamente que se admita en breve también a Turquía, como plataforma de lanzamiento para una guerra contra Irak–? El motivo por el cual las elites inglesas están felices con esta perspectiva no tiene ningún misterio, dado que siempre han querido debilitar a la Comunidad. Pero ¿qué les ha pasado a sus homólogos franceses para que la acepten con tanta pasividad?

En Francia, el debate sobre Europa ha sido siempre muy diferente al de cualquiera de los demás países continentales, en los que ha reinado un consenso a favor de la integración que unía a democristianos y socialdemócratas. Nada parecido ha existido en Francia, donde se registraba una marcada división entre, por un lado, la mayoría de los socialdemócratas y el equivalente local de los democristianos y, por otro, los gaullistas y los comunistas. Se trata de una escisión estructural que acabó con la Comunidad de Defensa Europea en 1954 y que ha persistido, en gran medida, hasta el día de hoy. Los partidarios de Europa nunca han contado con una mayoría estable y, por ello, nunca han querido que Europa

se discutiera realmente. Tenían miedo de que cualquier debate concreto y detallado pudiera dar armas a sus adversarios y, por este motivo, siempre lo evitaron. Como siempre estaban a la defensiva, apenas hubo discusión pública sobre Europa en Francia hasta finales de la década de 1980. Luego, en 1992, Mitterrand decidió hacer un referéndum sobre el Tratado de Maastricht. Se produjo un tremendo aluvión mediático y político a favor: prácticamente todos los periódicos pidieron el sí, todos los canales de televisión bombardearon los hogares con el mismo mensaje y la mayoría de los personajes públicos declararon su apoyo. Sin embargo, al final, el 49 por 100 de los que votaron rechazaron el tratado. De modo que si se consiguió aprobar, fue de puro milagro. Por buenas y malas razones, la opinión popular no siguió las instrucciones dictadas desde arriba. Esto explica por qué ninguno de los tratados siguientes –el de Niza y similares– ha sido sometido a referéndum. Las posibilidades de perder eran demasiado grandes.

Así pues, no se produjo debate alguno sobre Europa en Francia porque los proeuropeos se veían a sí mismos como una fortaleza asediada y no querían airear asuntos que pudieran poner al descubierto divisiones entre ellos o ayudar a sus adversarios. Hoy en día, la discusión sobre la ampliación es nula –absolutamente nula– porque así se le pone la vida fácil a las compañías transnacionales y a los mercados financieros. ATTAC define la ampliación como un plan de ajuste estructural, de acuerdo con los criterios del FMI, para Europa del Este. El Consenso de Washington llega estos días bajo diferentes nombres: en Europa occidental, tenemos el BCE y el Pacto de Estabilidad; en Europa meridional, el ajuste estructural; en Europa del Este, la incorporación del *acquis communautaire* [«acervo comunitario»]. Desde la cumbre de Niza de diciembre de 2000, ATTAC ha organizado muchos talleres sobre la marcha de Europa. Hemos elaborado documentos y nos hemos manifestado en pro de otra visión de Europa e intervendremos sin duda en el terreno de la Constitución que en estos momentos está confeccionando la convención de Giscard en Bruselas.

En los debates teóricos sobre el neoliberalismo global, ¿cuál fue el papel de Pierre Bourdieu? ¿Ha desempeñado la organización que él creó, Raisons d'Agir, un papel significativo como acompañante de ATTAC?

Raisons d'Agir es uno de los miembros fundadores de ATTAC y la obra de Bourdieu siempre ha constituido un punto de referencia clave para nosotros. Desde el punto de vista institucional, sin embargo, Bourdieu guardó las distancias. Le pedimos, sin éxito, que pronunciara un discurso en una asamblea general de ATTAC. Tenía su propio círculo, por no decir corte, y esperaba inspirar un movimiento social europeo. En verdad, su idea de unos Estados Generales europeos se hizo realidad, pero en el Foro Social de Florencia, nacido de un movimiento que él no había previsto. Le vi una vez en Millau, pero nunca mantuve una conversación con

él. Lamentablemente, poco antes de morir, habíamos quedado por fin en comer juntos. Es una verdadera pena que no se produjera nunca una conexión más estrecha entre Bourdieu y ATTAC, porque hubiera tenido un gran impacto.

¿Cómo valora el equilibrio de fuerzas en el panorama intelectual francés, en sentido amplio, donde toda una serie de best-sellers que atacan el pensamiento único conviven con la preponderancia mediática ubicua de sus máximos exponentes, entre otros lugares en el propio Le Monde?

En la televisión y en la prensa, así como en las principales casas editoriales, seguimos viendo por doquier las mismas caras y nombres familiares: Philippe Sollers, Alain Minc, Bernard-Henri Lévy, André Glucksmann, Alexandre Adler, por no hablar de veteranos de la Guerra Fría como Jean-François Revel. Pero esta galaxia mediática funciona para un público de cultura media, apenas tiene credibilidad entre la intelectualidad en sentido estricto, que tiene su base fundamentalmente en el sistema educativo. Funciona como una mafia de apoyo mutuo, muy bien descrita por Serge Halimi en su libro *Les nouveaux chiens de garde* —que vendió un cuarto de millón de ejemplares, lo cual da una idea de cómo se percibe esta camarilla entre la gran mayoría de lo que Régis Debray ha denominado la *bas-clergé* de la clase intelectual francesa—. En esta franja, yo creo que la opinión se está desplazando claramente en nuestra dirección, quizá de manera especial entre los economistas. Mientras que el paradigma neoliberal era completamente hegemónico hasta hace unos pocos años, en estos momentos se está viendo puesto rotundamente en cuestión, tal y como atestigua la amplia acogida del Informe Fitoussi.

¿Cómo imagina la siguiente fase de desarrollo para ATTAC y para el Foro Social Mundial?

El Foro Social Mundial no es una entidad, sino un proceso: un impulso que va creciendo, cual bola de nieve, reuniendo fuerzas que antes, por más que se desarrollaran en la misma dirección, no habían tenido contacto mutuo y que, con frecuencia, desconocían por completo la existencia unas de otras. Está naciendo una constelación global que está empezando a pensar según los mismos criterios, a compartir los conceptos estratégicos, a relacionar problemas comunes, a forjar las cadenas de una nueva solidaridad. Todo esto está avanzando ahora a una velocidad asombrosa. Acaba de celebrarse un Foro Social asiático en India, un área con la que hasta ahora no teníamos prácticamente ningún contacto. En Brasil, la agenda del gobierno se ha establecido de acuerdo con todos los problemas identificados en Porto Alegre. ¿Qué hará Lula con respecto a la enorme deuda que está doblegando al país? Ha dicho, por supuesto, que Brasil será metódico en el cumplimiento de sus obligaciones. Pero ¿realmente será capaz de ello? Creo que está llegando un momento de la

verdad en Argentina y en Brasil, que podría crear las condiciones de una reconsideración radical, a escala mundial, del orden neoliberal. Si el presidente de Brasil dijera «no vamos a seguir pauperizando a nuestros ciudadanos para pagar a los titulares de bonos extranjeros», y Argentina y otros países latinoamericanos le siguieran, ¿qué sucedería? Wall Street no haría gran cosa al respecto, dado que, como banquero destacado del país, ha admitido en privado que «Brasil es demasiado grande para quebrar». Los bancos no tendrán mucha más alternativa que la de «salvar los muebles» y aceptar pérdidas del 30 o el 40 por 100 antes de dar por perdido el 100 por 100 de sus inversiones.

Por lo que respecta a Francia, Chirac obtuvo menos de un quinto del total de votos en la primera ronda de las elecciones presidenciales y la derecha que está ahora en el poder apenas consiguió algo más de un tercio. El gobierno ya está sumamente nervioso, porque percibe signos de incremento de la tensión social, en especial en lo relativo a las pensiones. No busca una confrontación. El crecimiento está reduciendo su ritmo hasta puntos de letargo, el Pacto de Estabilidad está estrangulando el consumo y los costes fijos están subiendo. Si Chirac intenta aumentar los impuestos para cubrir el déficit, después de tantas promesas electorales de no hacerlo, se levantarán fuertes protestas ante su traición; si intenta reducir drásticamente el gasto público, irá nuevamente derecho hacia un enfrentamiento en las calles. La derecha está atrapada en este dilema, y su lógica resulta explosiva.

A lo que asistimos hoy en día es a un movimiento que, por primera vez, está adoptando las mismas perspectivas, golpeando los mismos blancos y desarrollándose en todo el mundo, ligando luchas locales a objetivos globales. La historia se ha acelerado tan rápidamente en los últimos diez o quince años que no hay motivo para pensar que se vaya a estabilizar ahora. No puedo dejar de sentir que lo que hemos conseguido juntos hasta el momento tendrá algún efecto sobre lo que ha de venir*.

* Los textos anteriores de esta serie han sido Naomi Klein, «Reclamemos los bienes comunales» (NLR 9); John Sellers, «Armando jaleo» (NLR 10); José Bové, «¿Una internacional de agricultores?» (NLR 12); David Graeber, «Los nuevos anarquistas» (NLR 13); Michael Hardt, «Porto Alegre, ¿la Conferencia de Bandung de nuestros días?» (NLR 14); João Pedro Stedile, «Batallones sin tierra» (NLR 15); Walden Bello, «Panóptico pacífico» (NLR 16); Emir Sader, «Más allá de la sociedad civil»; Tom Mertes, «Globalismo de base» (NLR 17) e Immanuel Wallerstein, «Nuevas revueltas contra el sistema» (NLR 18).